

LA UNIVERSIDAD Y EUROPA

Andris BARBLAN *

La universidad nació en la Edad Media. Ahora bien, en esta época Europa no constituía un problema, sino una realidad vivida: la unidad espiritual del continente, no es necesario decirlo, se encontraba basada en un cristianismo simbolizado por el Papado. Por otra parte, y a nivel político, esta unidad se encontraba reflejada en el Emperador, sombra temporal del soberano pontífice.

Dentro de este contexto, la aventura de la razón, en la forma en que éste se encarna en Bolonia durante el siglo XI por medio de la universidad, se inscribe en un marco preciso, aceptado por la mayoría, que se manifiesta en las estructuras de la sociedad y en las de sus instituciones. El hombre europeo entiende que él participa del mismo universo que sus contemporáneos y reconoce en éste las obras resultantes de unas mismas fuerzas, físicas, morales y religiosas. En consecuencia, la universidad no resulta demasiado difícil, aunque sólo sea dentro de una corporación, la universidad, que no es otra cosa sino un grupo restringido de compañeros unidos entre sí por reglas específicas.

Se podría temer que una forma organizativa como ésta acabara replegándose sobre sí misma, generando disputas internas y que finalmente la proyección de la corporación del saber apenas si sobrepasara la de otras corporaciones, como la de pañeros o carpinteros. Sin embargo, se impone un punto de vista abierto, como consecuencia del sentido de *unicidad* que se ve favorecido a escala continental por el reinado de una sola lengua en cuanto forma de comunicación, el latín, por una similar comprensión del significado de las palabras, por una imagen del mundo, del lugar de Dios y del hombre común a cada uno.

Las barreras, no obstante, son numerosas, ya sean de tipo social, económico o político; los juramentos de fidelidad que de todo ello se derivan son múltiples, a la parroquia, a la aldea, al soberano. Con la gran revolución urbana del siglo XII, es decir, con la redistribución geográfica de la población, se añaden nuevas barreras a las ya existentes. Se produce una transformación de la distribución de las tareas, una creación de nuevos privilegios así como la desaparición de antiguos intereses. Sin embargo, la unidad de la humanidad continúa siendo el objetivo hacia el que tiende la sociedad a pesar de todo, ésta es la esperanza que hace soportables e incluso deseables las separaciones de la vida diaria.

Esta nueva división del trabajo entre la ciudad y el campo, entre los burgueses y los señores, entre los artesanos y los campesinos, es lo que permite la creación de una comunidad para aquéllos que estudian, concebida como un servicio público del saber en donde se dan cita profesores y alumnos con el fin de manifestar «el derecho soberano del espíritu» (1).

La universidad, por consiguiente, no constituye el simple reflejo de la universalidad de una cultura, la de la civilización cristiana dominante en Europa, es también la aparición de un nuevo poder, el de la razón, que poco a poco, me-

* Secretario General de la Conferencia Permanente de Rectores y Vicerrectores de las Universidades Europeas (C.R.E.).

(1) GUSDORF GEORGES: «La Universidad en cuestión.» París, 1964, pág. 19.

diante la crítica, se va erigiendo en rival del principio único del poder encarnado fundamentalmente en la Iglesia. Espejo del mundo, constituye también el crisol de su propia metamorfosis. ¿No resulta sintomático en este sentido que la escuela de Bolonia base su reputación en el renacimiento del derecho, es decir, en la aplicación de la razón en el estudio de las nuevas relaciones que se manifiestan dentro del sistema social?

Esta ambigüedad de la universidad en la Europa medieval se manifiesta claramente a través de dos hechos; por una parte, en Bolonia, la corporación se dota de reglas por sí misma, esto es lo que constituye el *magisterium*. Es un aspecto innovador. Por otra, se vuelve hacia las autoridades supremas representantes de la universalidad, para así fundamentar sus privilegios. «La universidad recibe el poder de otorgar la *licencia ubique docendi*» del Papa o del Emperador (2). Esta licencia, en un principio, se obtenía mediante cooptación del nuevo maestro por sus compañeros. Más tarde, se convierte en el privilegio de enseñar y más tarde aún en el de ejercer una profesión en sustitución del poder público (3). Debido a ello, la universidad afirma su dimensión continental, teniendo los profesores el derecho de enseñar en cualquier lugar de Europa como si fuera su propio país.

La movilidad de los estudiantes es, por supuesto, la misma. Cuando se recuerda, de forma cómica, los viajes de estudios de Pantagruel saliendo de Poitiers para Orleáns pasando por Burdeos y Tolouse, demasiado fanática, y continuando para Montpellier «donde se preocupa de estudiar medicina», y Bourges «en donde estudia largo tiempo obteniendo grandes beneficios en la facultad de leyes», obtenemos una prueba de todo ello (4).

En tiempos de Rabelais, la universidad constituye ya una institución venerable, a menudo paralizada en antiguos hábitos. Consecuentemente, ha aparecido un nuevo sentimiento, el nacional; Pantagruel decide visitar únicamente las escuelas del reino de Francia. Por consiguiente, aunque para la enseñanza, como referencia a un pasado común cristiano y grecorromano, las universidades hablan aún una lengua comprendida en todo el continente, las divisiones nacionalistas van tomando poco a poco una mayor importancia. La aceptación de lo vernáculo como medio honorable de comunicación constituye todo un signo. El latín está condenado a plazo fijo y con él una forma de universalidad vivida diariamente. Europa renace entonces como concepto opuesto a las restantes partes del planeta que ella se encuentra a punto de descubrir, realidad abstracta, modelo que se persigue o que se recuerda. Es evidente que Europa, compañera de todos los días, queda desdibujada frente al concepto de nación. La universidad va a seguir este camino y, dependiente de medio ambiente, va a arrojarse en brazos del nacionalismo, creando las ciencias alemanas, francesas o británicas. Con el pasar de los siglos, se convertirá en el instrumento de la formación nacional de los espíritus, transformando las fronteras de la historia y de la geografía en barreras infranqueables para la inteligencia. La visión temporal del mundo medieval va a ser desmenuzada en fragmentos de consciencia cortantes y opuestos.

El siglo XVI marca, por su parte, un tiempo de confrontación de la fe. La propia universalidad de una forma de vida religiosa se pone en tela de juicio a

(2) COURVOISIER JACQUES: «La Universidad y la unión europea», conferencia.

(3) Exposición realizada por el rector BATTAGLIA (Bolonia) en la sesión de 24-6-1965 del Bureau de la C.R.E.

(4) RABELAIS FRANÇOIS: «Pantagruel», cap. V.

hierro y fuego. La Reforma divide y opone. Las convicciones dogmáticas rechazan, destruyen y expulsan todo aquello que les resulta contrario. En el momento del nacimiento de la universidad de Bolonia, los juramentos de fidelidad del hombre europeo coexistían. Podía pertenecerse simultáneamente al mundo y a la parroquia, a la aldea y a la comuna. El Papa y el Emperador constituían dos aspectos de una misma autoridad divina. Con el Renacimiento, los juramentos de fidelidad se vuelven contradictorios: a cada Estado, su Iglesia... Cortamos el traje del hombre europeo en función de la dimensión de su nación.

Aquí también la universidad constituye el reflejo y el motor de esta evolución. Por una parte, se aferra a la enseñanza de lo universal ya esclerotizado. Por otra, da cabida a los debates que habrán de hacer nacer la nueva organización del mundo, como, por ejemplo, en Bale o Strasbourg. La institución queda rezagada de su tiempo, y cuando esto sucede, la aventura de la razón continúa bajo otras formas: de esta manera, Francisco I funda el Colegio de Francia para representar el nuevo espíritu frente a la Sorbona. Este proceso de desafío creador se renovará hasta nuestros días con la aparición de las grandes escuelas en Francia, bajo la Revolución y el Imperio, de las escuelas técnicas en Suiza y Alemania, durante la revolución industrial, o de las escuelas politécnicas en Inglaterra, al finalizar la segunda guerra mundial.

En cada caso se trata de dar respuesta a una nueva necesidad, muchas veces parcial. La Reforma necesitaba centros de formación para sus militantes: Ginebra. La Contrarreforma para sus dirigentes: Collegio Romano (5). El siglo de las luces interesa a la Razón, medio del conocimiento: Göttingen. Napoleón necesitaba administradores: Politécnica. El siglo XIX pretende desarrollar sus capacidades técnicas: E.T.H. (6), Zürich.

No obstante, la universidad continúa siendo el modelo y estas escuelas progresivamente intentar volver a encontrar lo universal, tanto en sus investigaciones como en su enseñanza. Este universal es, por otra parte, tan abstracto como el concepto de Europa nacido en el siglo XVI de la descomposición de la unidad fundamental del continente. Sin embargo, y a su vez, constituye el modelo de referencia para un saber cada día más diversificado y que engendra continuamente lenguajes progresivamente más impermeables para el profano. Esto es lo que constituye en realidad el drama de la universidad contemporánea, que, como señala Denies de Rougemont, «ve en el universo del saber humano unas facultades y especialidades que se alejan unas de otras con creciente velocidad».

«Es de aquí de donde se derivan las dos consecuencias que definen el fenómeno de la torre de Babel: la desaparición de *una lengua común*, que se ve sustituida por una multiplicidad de lenguas especiales cada vez menos traducibles y el desvanecimiento progresivo de la consciencia de los objetivos comunes, de los últimos fines de la empresa, que se pierden entre la vaguedad de lo inconcebible.

«Sin embargo, decir que toda lengua común se pierde entre las ramas del saber incesantemente multiplicadas, es decir, que la *medida común* de una civilización se encuentra en vías de desaparecer... en lo relativo a su *principio de coherencia*» (7).

(5) Hoy en día se denomina Universidad Gregoriana de Roma.

(6) *Eidgenössische Technische Hochschule*, Escuela Politécnica Federal.

(7) De ROUGEMONT DENIS: «Universidad y universalidad en la Europa de hoy», actas de la III Asamblea general de la C.R.E. Göttingen, 1964, págs. 105 y siguientes.

Por lo que a la universidad se refiere, superar la catástrofe de la torre de Babel no significa aferrarse nostálgicamente a un pasado de unidad espiritual y temporal de tipo medieval, sino encontrar lo que siempre ha constituido la fuerza de Europa —y también su debilidad—, es decir, la reconciliación de unos con otros, en el sentido que Denis de Rougemont ha señalado.

«Efectivamente, entre todas las grandes culturas que han constituido la historia de la humanidad, únicamente Europa se ha atrevido a iniciar la aventura de un desarrollo autónomo de las ciencias y las artes, de una separación, en algunos casos de una oposición entre lo sagrado y lo profano, entre la coherencia global definida por la teología y las investigaciones particulares independientes, para encontrar aquello que se encuentre, sea o no compatible con la imagen del mundo normalmente admitida» (8).

Consecuentemente, la universidad, constituyendo el punto de unión dentro de la diversidad, volverá a encontrar su dimensión europea, contribuirá a la integración del continente y «hará Europa». Su primer deber consiste en volver a encontrar el sentido de su misión, aceptando ser el punto de encuentro de las polémicas de su tiempo, convirtiéndose en el crisol de su propia metamorfosis, como ha sucedido en cada etapa de su desarrollo. Esto es lo que constituye la condición para su supervivencia, en tanto que institución y como aportación a la construcción de Europa.

SIN EMBARGO, ¿COMO ALCANZARLO?

Al finalizar la segunda guerra mundial, un gran número de universidades de los países beligerantes se encontraban en ruinas en unos estados traumatizados por las atroces consecuencias del desenfreno de los nacionalismos. Si en 1946 Churchill podía hacer un llamamiento en Zurich para la constitución de los Estados Unidos de Europa como forma de superar las sangrientas divisiones del continente, el mundo académico podía también intentar volver a encontrar su carácter universal cooperando de forma práctica a la reconstrucción de los centros de investigación y de enseñanza superior. Rápidamente, el colegio de rectores holandeses empezó a tomar contacto con los responsables de otras universidades del Benelux. Las grandes escuelas alemanas situadas en la zona de ocupación inglesa se organizan de acuerdo con el modelo británico de Comité de Vicecancilleres. Los países del tratado de Bruselas (Bélgica, Francia, Luxemburgo, Países Bajos, Reino Unido), ponen en funcionamiento un comité cultural. Poco a poco los compañeros europeos vuelven a encontrar su identidad institucional y bosquejan las grandes líneas de un entramado de cooperación internacional.

Efectivamente, la historia de las universidades sigue de cerca la evolución política: por ejemplo, 1949 es el año de la creación de la República Federal Alemana, es también el del nacimiento de la Conferencia de Rectores de Alemania Occidental (Westdeutsche Rektorenkonferenz).

En 1948 el congreso de La Haya, punto de apoyo del movimiento europeo, había trazado las bases para una integración del continente. El Consejo de Europa nació el 5 de mayo de 1949 con el objetivo de institucionalizar la cooperación económica y política. La Europa cultural era objeto de debate en Montreux

(8) De ROUGEMONT DENIS, *ibid.*, pág. 109.

en el curso de una conferencia que daría lugar en 1950 al nacimiento del Centro Europeo de la Cultura situado en Génova y bajo la dirección de Denis de Rougemont.

Paralelamente, en el marco de los cinco partícipes del tratado de Bruselas se continúan las conversaciones centradas de manera fundamental en la educación, Ashridge (1949), Sèvres (1950), Oosterbeek (1951). Se define la unidad cultural de la Europa occidental como una «realidad abierta», por una parte, a las restantes culturas del planeta, por otra, a la multiplicidad de diversidades regionales nacidas de la evolución histórica del continente. Estos coloquios reconocen igualmente que la cultura del continente sólo puede tener dinamismo asumiendo la tensión resultante de unas oposiciones espirituales constantes, elementos creadores del genio europeo. De esta forma, el diálogo se convierte en la palabra maestra del desarrollo de la civilización nacida entre el Ródano y el Rin; ésta tiene sus exigencias que deben modelar toda aproximación pedagógica común en las escuelas del continente, debiendo todo ello manifestarse en todos los niveles.

Como una consecuencia de estas discusiones, si bien bajo la presión de la división europea en dos bloques, el antiguo adversario se integra poco a poco como miembro de pleno derecho en el desarrollo comunitario: de esta forma, Alemania Federal queda asociada al Consejo de Europa en julio de 1950, más tarde en mayo de 1951 se convierte un miembro ordinario. El Plan Schuman, del que nacerá la Comunidad del Carbón y del Acero, pone en común los recursos de los enemigos de ayer. Por lo que se refiere a la Comunidad europea de Defensa, ésta propone en 1952 la puesta en común de los ejercicios bajo una bandera idéntica. Fracasado este proyecto, Alemania Federal e Italia se unen en 1954 a los cinco del tratado de Bruselas para crear la Unión de Europa occidental, que quedó formalizada en 1955.

Estos desarrollos políticos han tenido como contrapartida universitaria las conferencias bilaterales germano-británicas de Königswinter, que desde 1952 se viene celebrando anualmente. De esta manera, los delegados de las universidades y de las administraciones encargadas de los asuntos culturales se encuentran por primera vez en La Haya en el marco del tratado de Bruselas.

Los temas subyacentes de estas reuniones son federación y autonomía, unidad en la diversidad. Este es el gran debate que tiene lugar al comienzo de los años cincuenta y que será asfixiado por la negación del Parlamento francés, en agosto de 1954, a ratificar el tratado por el que se instituía la Comunidad europea. Por lo que se refiere al nivel correspondiente a la enseñanza superior nos referiremos a las federaciones de colegios autónomos de las universidades medievales, reafirmando el terreno reservado a la aventura de la razón que no puede alcanzar su total desarrollo sino fuera de la intervención autoritaria del Estado.

De este embullecimiento de ideas así como de la multiplicidad de discusiones y reuniones van a nacer las formas institucionales de la cooperación interuniversitaria en Europa. En 1953 se toma la decisión de organizar en Cambridge dos años más tarde una asamblea general de rectores y vicescandalleres de las universidades europeas. En 1954, tras el fracaso de la C.E.D., la comisión cultural del tratado de Bruselas se convierte en la comisión cultural de la U.E.O. y su grupo de expertos encargados de las cuestiones universitarias toma el nombre de Comité de las universidades europeas.

Si la Europa económica se repliega sobre los seis miembros de la C.E.C.A., la Europa universitaria permanece abierta a los restantes países del continente,

particularmente a Gran Bretaña, que incluso desempeña un papel motor simbolizado por la recepción en su territorio en 1955 de las grandes escuelas del continente.

La Conferencia de Cambridge va a intentar realizar una aproximación global a los problemas de las universidades, definiendo una política universitaria activa aprovechándose del pluralismo característico de las estructuras de las grandes escuelas del continente, interesándose en el problema de las equivalencias y en la autonomía de los centros académicos frente a los gobiernos, recomendando que se continúen organizando a intervalos regulares conferencias bilaterales entre grupos universitarios nacionales, apoyando el desarrollo de conferencias de rectores a nivel nacional contando con sus propios secretariados, solicitando la puesta en marcha de encuentros periódicos entre los ministros europeos encargados de la educación, de los asuntos culturales y de la investigación científica.

Esta aproximación global a los problemas universitarios alcanzó tal éxito entre los participantes que se tomó el acuerdo de repetir la experiencia. En 1959, el rector Bouchard, de la Universidad de Dijon, convocó una segunda conferencia general en donde, al igual que en Cambridge, van a participar delegados universitarios y gubernamentales. Si en 1955 la parte más importante de las delegaciones procedía de los países de la U.E.O., en 1959 la participación se amplía ya a los representantes de otros países, tales como Austria, Dinamarca, España, Grecia, Irlanda, Noruega, Suecia, Suiza, Turquía y Yugoslavia.

El gran impulso de la integración europea correspondiente al período inmediato a la posguerra ha desaparecido; sin embargo, se prolonga de manera fundamental a nivel de los gobiernos para los que Europa constituye uno de los marcos de cooperación. La prudencia domina. Sobre todo, es preciso delimitar los posibles desarrollos dentro de unas estructuras estables. Ello supone un recorte de la cooperación interuniversitaria: por una parte, la cooperación operacional que, para ser eficaz, debe apoyarse en la voluntad de reforma de los Estados, en cuanto que exista; por otra, la puesta en común de las ideas tendientes a sostener la dinámica europea. Los trabajos del Comité de las universidades europeas son emprendidos de nuevo por el Consejo de Europa que, a este fin, crea el Comité de la Enseñanza Superior y la Investigación en 1960. Aquí volvemos a encontrar la doble representación de las Conferencias de Cambridge y Dijon con delegados ministeriales y de las universidades (si bien se encuentran nombrados por los gobiernos).

Este Comité, relacionado en un principio con el Consejo de Ministros de la Organización Europea de forma directa, a partir de 1962 se encuentra integrado en el Consejo de la Cooperación Cultural creado de nuevo en Strasbourg; conserva su especial estructura bipartita y, desde entonces, estudia los desarrollos nacionales del sector de la enseñanza superior con objeto de, a partir de ellos, intentar establecer sistemas de colaboración operacional. Hoy en día, su existencia se encuentra en tela de juicio, al menos en su actual forma, favoreciendo de esta manera la reorganización actualmente en trámite de las instituciones europeas de Strasbourg. Esta nueva peripecia sólo constituye un síntoma de las dudas y vacilaciones que caracterizan la evolución cada vez más lenta del movimiento europeo. Este es el aspecto operacional de la cooperación.

Por lo que se refiere a las ideas puestas en común, se decide en Dijon hacer permanente la Conferencia de Rectores y Vicecancilleres de las Universidades Europeas haciéndola independiente de sus relaciones gubernamentales, afirmando con ello la autonomía de la universidad frente al Estado. La Conferencia

permanente se convertirá en «forum», donde los responsables de las grandes escuelas del continente podrán discutir con entera libertad los problemas que dentro de su respectivo contexto han de afrontar de igual forma. Esto es lo que vendrá a expresar el estatuto de la Conferencia, adoptado en 1964 en el curso de la asamblea reunida en Göttingen con el fin de tratar de la unidad, de las tareas y de la responsabilidad de la universidad en Europa. La independencia del nuevo organismo queda asegurada por medio de su financiación, que depende exclusivamente de las cotizaciones de sus miembros. Ciento cuarenta y cinco rectores, al firmar en Göttingen el nuevo estatuto, se convierten en miembros fundadores de la C.R.E.; hoy en día tras las asambleas generales ordinarias de Ginebra (1969) y Bolonia (1974) los miembros de la asociación alcanzan la cifra de trescientos treinta y dos, procedentes de veinticuatro países del continente.

El debate europeo referente a la C.E.R., desde su principio, alcanzó una dimensión global, ilustrando perfectamente la búsqueda de la universalidad propia de la vida universitaria: aunque en 1964 los responsables de universidades checas, rumanas, yugoslavas, polacas y de Alemania oriental asisten a los debates como observadores, algunos de ellos se convertirán en miembros de la conferencia a lo largo de los años siguientes, anticipándose al deshielo de las relaciones Este-Oeste, deshielo que quedará simbolizado en 1965 por la Declaración de Helsinki, acto final de la conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa.

Independientemente de los Estados, la C.E.R., organización internacional no gubernamental autónoma, era por sí misma capaz de abrirse a toda Europa. Sin embargo, y de forma aparentemente paradójica a primera vista, esta ampliación quedó frenada a partir de Helsinki. Las universidades de los países socialistas, al proponer afiliarse en bloque, plantearon el problema de la necesidad de reformar los estatutos. Ello tropezó con la estructura propia del modelo universitario de los países de Europa oriental en donde las grandes escuelas constituyen un servicio público estrechamente dependiente de las opciones gubernamentales. Esta divergencia de situaciones sólo pudiendo ser reflejada legalmente de manera parcial quedó estancada, bloqueando momentáneamente una evolución ya antigua tendente a la extensión al continente de la Conferencia de Rectores europeos.

El desenvolvimiento de la C.R.E. es también sintomático en relación con los debates políticos que actualmente se desarrollan. Si la evolución del Comité de la Enseñanza Superior y de la Investigación ilustra el retraso en la construcción de Europa, la de la C.R.E. refleja las bruscas sacudidas de la «detente» en el continente (9). Todo ello significa que el mundo universitario más parece soportar que modelar las sucesivas etapas de la integración europea. Su búsqueda de la universalidad, es decir, de su unidad cultural depende más de un fenómeno de reacción que de una voluntad de acción, particularmente hoy en día en que la idea de Europa tendría necesidad de renacer para progresar. Sin embargo, no existe un total pesimismo, ya que la discusión sobre el sentido de la misión universitaria continua existiendo y, a todos los niveles, tanto regional, como nacional, europeo, el debate sobre la identidad de la universidad supone el

(9) Por lo que se refiere al nivel intereuropeo existe un marco institucional de cooperación intergubernamental: la U.N.E.S.C.O. ha creado un Centro Europeo para la Enseñanza Superior (C.E.P.E.S.) en Bucarest. No hablo aquí de ello por dos razones: a) La U.N.E.S.C.O. tiene una vocación mundial y sólo, indirectamente, se encuentra afectada por el movimiento de integración europea. b) La región europea, de acuerdo con el concepto utilizado por la U.N.E.S.C.O., va de San Francisco a Vladivostok, lo que supera con mucho el concepto normal de Europa.

punto más importante de las reflexiones en torno a la enseñanza superior y a la investigación.

Es desde este punto de vista como la universidad puede ser activa y contribuir de nuevo al desarrollo de la integración europea. Es también así como puede intensificar sus esfuerzos con ánimo de entender a Europa y volver a convertirse en punto de encuentro de las ideas creadoras del mundo contemporáneo.

Después de finalizada la guerra, la necesidad de crear un hombre europeo liberado de sus taras nacionalistas había hecho desarrollar una didáctica de Europa.

Apoyándose en los trabajos realizados en los Estados Unidos tanto en relación con la personalidad autoritaria como con los prejuicios, se ha hecho un esfuerzo para modificar las actitudes de los docentes intentando eliminar de la enseñanza cualquier idea preconcebida de tipo nacionalista. Se han revisado todos los libros de historia y los manuales de geografía y se ha desarrollado una aproximación europea a los problemas, restituyendo a su contexto continental los hechos y los acontecimientos.

Este trabajo de eliminación de las escorias de la historia fue realizado bajo la supervisión de instituciones tales como el Centro Europeo de la Cultura, en Ginebra (Campaña de Educación Cívica Europea) o la Fundación Europea de la Cultura, emanación de este mismo centro, que en 1956 se localizó en Amsterdam.

El mismo desarrollo de las instituciones europeas provocó además la implantación de una legislación específica y favoreció el estudio de los problemas socioeconómicos desde una perspectiva federal del continente. Se fundaron varios institutos con el fin de que estudiaran estos temas y de que formaran a los responsables de la integración de Europa. Así, por ejemplo, el *Colegio de Europa* en Bruges, verdadera escuela de dirigentes europeos, que utiliza una aproximación multitudinaria a los problemas de la Europa en formación. En otros lugares se podía obtener una especialización, bien en el estudio de la economía, bien en el Derecho (Strasbourg).

Resulta interesante subrayar que, en un principio, los programas de estudios europeos fueron impartidos por instituciones independientes de las universidades, recordando de esta forma que el movimiento preconizador de la integración constituye en primer lugar un deseo de individuos, de personas privadas.

Volvemos aquí a encontrar el proceso de ampliación de la función universitaria anteriormente mencionado: a una necesidad responde una institución, que más adelante se ve absorbida por el sistema universitario. De este manera, generalmente sólo es con la oficialización del movimiento europeo, tras el fracaso de la C.E.D. y la implantación del Mercado Común, como las universidades, particularmente en los años sesenta, han creado cursos sobre Europa: en realidad, las facultades de Derecho, obligadas por el crecimiento del Derecho comunitario y la realidad del tribunal de Luxemburgo, se iban poniendo al día; lo mismo sucedía con los departamentos de economía que comprendían la importancia de la unión aduanera de los seis para el desarrollo material del continente. Sólo en algunos sitios se reunieron estos cursos para formar un programa de formación europea (Niza, Lausanne, por ejemplo) sucediendo esto con frecuencia en los institutos universitarios autónomos (como Ginebra).

Por tanto, desde los años cincuenta se ha desarrollado un debate tendente a situar el hecho europeo en el corazón de la enseñanza superior. Opone a los defensores de la *universidad europea* frente a los que preconizan la *Europa de*

las universidades. En el marco de los seis, en donde se ha implantado una cierta forma de supranacionalidad, se ha proyectado crear un modelo europeo de la enseñanza y la investigación, que habría de inspirar las líneas comunes de desarrollo a las universidades de estos países. Para los federalistas, esta universidad europea tendría todas las características de un monstruo burocrático, inútil y peligroso, que sólo podría asfixiar con unas teóricas cadenas el potencial de expresión e investigación de cada centro. Aquéllos que defienden la Europa de las universidades, señalan que es necesario partir de la realidad de los hombres en su contexto inmediato como forma de construir una cultura europea sólida. Los centros deberían federarse a medida de sus necesidades. Desde el punto de vista centralista esto sólo podría llevar a la anarquía.

— Poco a poco el debate se va atascando. Las universidades tienen tantas dificultades en colaborar libremente como sujetándose a un modelo común. Hasta el momento existe un solo resultado tangible: el Instituto universitario de Florencia, centro de tercer ciclo dedicado al estudio de la europeidad en las ciencias, instituto que acaba de abrir sus puertas a los investigadores de los países de la Comunidad en el marco de un antiguo monasterio toscano.

Así pues, podemos decir de una forma general que las universidades sólo han considerado a Europa de forma fragmentaria; se trata de un objeto de investigación al igual que el cáncer o la música concreta, o lo que es lo mismo algo reservado a los iniciados. Únicamente en Gran Bretaña, tras la adhesión al tratado de Roma, se han implantado con carácter reciente un gran número de programas europeos en los aspectos más variados.

Existen multitud de razones para explicar la lentitud del desarrollo del sentimiento europeo en las universidades, o dicho de otra manera, la falta de una aproximación integrada de todas las ciencias en las que el hecho europeo ocupa un lugar.

La primera consiste en el renacimiento del nacionalismo, debilitándose el recuerdo del desastre que supuso la segunda guerra, ya no se siente a nivel de pueblo la urgencia de Europa. Por otra parte, el proyecto de Europa se ha debilitado considerablemente gracias a las disputas entre los partidarios de la supranacionalidad y los federalistas y no ha podido incardinarse en el debate político diario, para unos resultaba una quimera, para otros, una amenaza. Existen en fin, razones internas a la propia universidad; el desarrollo de la enseñanza superior de masas ha diluido a las antiguas «élites» impregnadas de humanismo clásico, conscientes de una común pertenencia cultural, habituadas a viajar por todas partes. Las clases medias, al llegar a la universidad, han aportado su visión del mundo, un mundo más restringido, con frecuencia limitado a la región o a la nación. Esto es lo que explica la disminución de la matriculación de estudiantes en lenguas extranjeras y la considerable disminución de la movilidad universitaria. En estas circunstancias, el estudio de Europa solo podría constituir el patrimonio de pequeños grupos a los que la universidad no podría dedicar ni mucho tiempo ni mucho dinero.

* * *

En su existencia cotidiana, la universidad vive las contradicciones de Europa. Sin embargo, apenas se da cuenta de que sus problemas constituyen muchas veces la consecuencia de los problemas continentales. Por ejemplo, en 1964 la curva demográfica en toda Europa se ha invertido. Hasta esta fecha, la natalidad había aumentado, desde este momento disminuye. Las diferencias según el lugar son mínimas. La superpoblación de los centros de enseñanza superior constituye un hecho europeo, más o menos agudo de acuerdo con las circunstancias. La imposibilidad de dar respuesta a la masa de graduados en esperar de encontrar un puesto interesante es general, si bien con matices. La oposición entre humanismo y profesionalización es fuente de los mismos debates en todos los países europeos. Podríamos continuar...

Por consiguiente, Europa, sin duda alguna, constituye un hecho para las universidades actuales, pero frecuentemente el árbol no deja ver el bosque. Nos aferramos a los matices nacionales que nos proporcionan la falsa seguridad de lo ya conocido, por miedo a integrarnos a un referencial más amplio aunque insuficientemente explotado. Hacemos pasar a Europa por un celomín, diseccionándola en análisis jurídicos, económicos, sociológicos, etc., por temor a descubrir su verdadero lugar en el centro de nuestras preocupaciones diarias, lugar que una vez puesto a la luz del día volvería a poner en tela de juicio nuestros comportamientos en el trabajo, en la escuela y en la familia. La universidad participa de este mismo temor, temor que justifica por su agobio ante un presente incierto, tanto en lo que se refiere a los objetivos como a las finanzas.

La universidad es Europa. Falta que *llegue a ser*. Esto sólo podrá realizarse gracias a la voluntad de las personas que hacen la universidad. Esto es lo que repetían tanto los fundadores del movimiento europeo como los iniciadores de la cooperación interuniversitaria europea. Han pasado más de veinte años. El llamamiento lanzado por el rector Bouchard, en Göttingen continúa siendo válido; depende de cada uno el aceptar la dimensión europea. «Europa constituye un hecho importante que debe ser puesto a la luz del día, que debe desarrollarse y utilizarse... Sería un error el imaginar que Europa va a aparecer por sí misma, sin esfuerzos y sin ayuda, gracias al progreso de un destino benefactor e irresistible y que su nacimiento, al estar escrito en el libro del destino, se producirá con sólo esperar la hora y el acontecimiento. No existe una fatalidad que haga desarrollarse a la historia, son los hombres los que encadenan los episodios unos a otros» (10).

La universidad es de los hombres. Europa es de los mismos hombres. Al intentar volver a encontrar el principio de su coherencia, una vez más se superará la catástrofe de la torre de Babel, para bien de la universidad y para el bien de Europa.

(10) BOUCHARD MARCEL: «Informe sobre las actividades del presidente de la C.R.E.» Göttingen, 1964.